

Sobre un caso deplorable. ("El Mercantil Valenciano", Valencia, 3 junio 1918).



SOBRE UN CASO DEPLORABLE

En nuestro último artículo aquí comentábamos el hecho de que la tripulación de submarino pirático alemán «U-39» se pasease por Cartagena entre la indiferencia pública, según decía la prensa. Pero esta indiferencia no ha sido general, porque hoy leemos que la oficialidad de los submarinos españoles ha almorzado con la del submarino pirático alemán en el Gran Hotel de Cartagena. Lo que no dice la prensa es si al final de ese almuerzo se brindó o no y si los brindis fueron por la fraternidad submarinera universal, por la alianza de España con Alemania — es decir, por el protectorado de ésta sobre aquélla — o por la salud de los ciudadanos españoles lanzados impunemente al fondo del mar por los súbditos del kaiser que tripulan los piráticos submarinos germánicos.

Se nos dirá que ese «patriótico» almuerzo no implica germanofilia de parte de la oficialidad de los submarinos españoles, ni que ésta encuentre justificadas las piraterías de los submarinos germánicos, con sus consiguientes asesinatos de españoles, sino que es meramente un homenaje de compañerismo técnico y acaso una muestra de admiración a sus proezas en las costas españolas y contra inertes buques españoles.

Pero es precisamente ese compañerismo profesional o técnico el que nos parece profundamente peligroso. En la Edad Media los pueblos llegaron a percatarse de una especie de compañerismo algo masónico, que unía entre sí a los ejércitos todos de mercenarios y a sus condottieros o caudillos, fuese cual fuera la nación a que ofrecían sus remunerados servicios, y hoy, a pesar de ser ya los ejércitos nacionales, aun se observa en no pocos casos que el espíritu profesional se sobrepone al patriotismo. Y no nos extrañaría que así como Marx lanzó aquello de «Trabajadores de todos los países, uníos!», así al acabar la guerra haya quien lance este otro grito: «Militares de todos los países, uníos!»

Desde que empezó la guerra venimos observando en una parte mayor o menor de la oficialidad de nuestro ejército nacional una debilidad peligrosísima por el prusianismo. No se preguntan si Alemania ha sido justa o injusta al desencadenar la guerra, no inquieren las razones de derecho, y es como si esto no les importase; su razonamiento parece reducirse a esto: «Estaba Alemania mejor preparada para la guerra? ¿Tienen mejor organizado su ejército? ¿Gozan en ella de más predicamento los militares? Entonces, y si es así, lleva razón.» El argumento no puede ser, como se ve, más sencillo.

Por nuestra parte estamos convencidos de que si han de persistir después de la guerra los ejércitos permanentes de servicio militar general y obligatorio habrá que enseñar a los futuros oficiales de ellos menos estrategia y táctica y algo más

de derecho y de ética social; habrá que enseñarles a discernir si una guerra es justa o no — y sólo las defensivas pueden serlo, — aunque sea a expensas de conocimientos sobre el modo de condu-

A ver si así llega el caso de que sea la oficialidad del ejército la que se niegue a ir a una guerra a que quieran llevarlo injustamente sus directores. ¿Es posible que si la oficialidad del ejército alemán hubiese tenido algún sentido jurídico y ético y no estuviese, como está, envenenada por las más bárbaras, inhumanas e inmorales doctrinas, habría obedecido, como ha obedecido, a sus jefes con la más humillante sumisión?

Cuando la orden para el hundimiento del «Lusitania» el general Joffre dijo una de las cosas más nobles que se han dicho desde que empezó la guerra, y fué que ningún gobierno francés habría dado una orden así sabiendo que podría no ser obedecido, porque la disciplina francesa respeta la fraternidad y la inteligencia de los ciudadanos de la República, cuya conciencia está por encima de cualquier necesidad militar. ¡Nobilísimas palabras! Palabras que pueden ponerse enfrente de aquellas otras de aquel bárbaro inhumano que fue el general von der Goltz — ¡Dios le haya perdonado!, — quien dijo al cardenal Mercier: «¡Bah, la victoria lo borrará todo!»

No sabemos si en ese fraternal almuerzo del Gran Hotel de Cartagena los oficiales del pirático submarino alemán «U-39» darían a la oficialidad submarinera española interesantes detalles sobre la mejor manera de hundir buques inertes. Sabemos que en las reuniones de cirujanos se habla de casos interesantes y de operaciones bonitas dejando de lado sentimentalismos que afectan a la familia del operado. Y no sabemos si cuando se reúnen dos ejecutores de la justicia oficial disertarán sobre el modo de dar garrote al condenado a muerte con el menor sufrimiento de éste.

Se nos dirá que si un submarino francés, inglés, norteamericano o italiano arribase, por una u otra causa, a un puerto español, lo mismo obsequiarían a sus oficialidades los de nuestra arma submarina. No lo negamos ni lo afirmamos; pero ninguna de esas naciones, la francesa, la inglesa, la norteamericana y la italiana, han hecho con nuestra marina mercante lo que las otras están haciendo con ella. Creemos además, muy poco o nada, en la neutralidad de la mayoría de la oficialidad de nuestro Ejército y nuestra Armada.

Es más aún. A su no neutralidad, a su innegable parcialidad en el gran pleito de esta guerra universal, atribuimos la forma de la represión de la huelga de agosto último, ya que a los represores se les había hecho creer que si la huelga triunfaba, uno de sus primeros resultados sería haber puesto a España decididamente del lado de las democracias de las naciones de ciudadanos que luchan contra el imperialismo de los Estados de súbditos.

Y a todo esto sigue la vergüenza bochornosa de que mientras en nuestro Parlamento actual parece que se discute libremente y se residencia a gobernantes que abusaron en el pasado verano de su poder, nadie dice nada de esos torpedeamientos, ni el gobierno da explicación del humillante bloqueo a que tienen sometida a España esos piratas que matan a mansalva a ciudadanos españoles. Matan a ciudadanos españoles y encuentran luego funcionarios del Estado español que les obsequian con almuerzos.

Lo menos que se puede decir es que tales almuerzos no son fiestas de neutralidad ni mucho menos, y que el respeto a los compatriotas nuestros por esos submarinos exigía una cierta discreta contención.

Miguel de UNAMUNO.

